

Una tarde fué Julia á buscar á la Condesa, que se hallaba sola en su cuarto; en vez de abrazarla, segun su costumbre, se arrodilló á sus piés, y uniendo las manos, le pidió con lágrimas que le concediese lo que iba á pedirle:

—¿Qué te ocurre, hija mia? pregunto Ursula; ¿qué deseas de mí? Habla y está segura de que te lo concederé.

—Deseo, señora y bienhechora mia, volverme á casa de mis padres, dijo Julia.

—¿Quieres dejarme! ¿Y por qué? exclamó la Condesa desconsolada; ¿qué te falta aquí? ¿Qué quieres?

—La tranquilidad, respondió Julia; y luego añadió bajando la voz; vuestro hijo, señora, me da miedo.

—¿Por qué? preguntó Ursula con voz trémula.

—Porque me persigue con su amor.

La Condesa dejó escapar un grito de terror; luego inclinó la cabeza y permaneció durante largo tiempo sumergida en una amarga meditacion; pero

Una tarde fué Julia á buscar á la Condesa, que se hallaba sola en su cuarto; en vez de abrazarla, segun su costumbre, se arrodilló á sus piés, y uniendo las manos, le pidió con lágrimas que le concediese lo que iba á pedirle:

—¿Qué te ocurre, hija mia? pregunto Ursula; ¿qué deseas de mí? Habla y está segura de que te lo concederé.

—Deseo, señora y bienhechora mia, volverme á casa de mis padres, dijo Julia.

—¿Quieres dejarme! ¿Y por qué? exclamó la Condesa desconsolada; ¿qué te falta aquí? ¿Qué quieres?

—La tranquilidad, respondió Julia; y luego añadió bajando la voz; vuestro hijo, señora, me da miedo.

—¿Por qué? preguntó Ursula con voz trémula.

—Porque me persigue con su amor.

La Condesa dejó escapar un grito de terror; luego inclinó la cabeza y permaneció durante largo tiempo sumergida en una amarga meditacion; pero

levantando al cielo los ojos, y como si le pidiese valor para consumir un doloroso sacrificio, se inclinó hácia su hija, y le dijo:

—Levántate, siéntate á mi lado, y escucha:

Julia obedeció.

—Tú no eres, como piensas, la hija del honrado comerciante Cláudio Lespinasse, continuó la Condesa cuya voz era cada vez más temblorosa; ¿eres mi hija...!

—¡Vuestra hija! respondió asombrada la jóven; eso no es posible; si yo fuera vuestra hija, no me hubiera criado léjos de vos; ¿quién podía privarme de mi sitio al lado de mis padres?

—¡Tu padre murió, balbuceó Ursula, bebiendo de nuevo el amargo cáliz de una confesion vergonzosa; tu padre murió, y no era el mismo que el de mis demás hijos...!

Julia miró asombrada á su madre; su inocencia la envolvía con un velo demasiado tupido para que pudiera comprender fácilmente lo que se le decía; pero su talento era tan penetrante, que la intuicion hizo lo que no podía hacer la experiencia, y un ardiente rubor cubrió su juvenil semblante.

Hubo un rato de cruel silencio, que rompió al fin la pobre madre.

—No consentiré yo en que salgas de mi casa y de mi lado, mi pobre Julia, dijo; la penosa confesion que acabo de hacerte, debe servir sólo para escudarte

de los ruegos de mi hijo, que es tu hermano; los corazones como el tuyo, tienen una sed inextinguible de afecciones, y tal vez Horacio consiguiera al fin conmoverle; ahora estoy segura de que no será así, y á pesar del trabajo que me ha costado la confesion que acabo de hacerte, me siento tranquila; sufre mientras puedas, hija mia, y está segura de que el dia en que sea necesario que yo confie á tus hermanos el secreto de tu nacimiento, no vacilaré en hacerlo, si así te puedo librar de una persecucion que toma tan distintos y terribles aspectos.

Desde entónces, el carácter de Julia cambió por completo; á la dulzura que formaba su base, sucedió un amargo y continuo malestar; ella era feliz creyéndose la hija legítima del honrado comerciante Cláudio Lespinasse; pero se sentía profundamente desgraciada siendo el vástago espúreo de la noble casa en que vivía: el pan que comía la humillaba; los desprecios de que la abrumaba Carolina, eran para ella mucho más insoportables que cuando ignoraba los lazos de la sangre que la unían á aquella jóven; sentía hácia su madre una profunda compasion, y la amaba de todas veras, pero no podía estimarla.

Las persecuciones de Horacio aumentaban de dia en dia; lo que en su principio habia sido un capricho vergonzoso, iba ya convirtiéndose en una profunda pasion, y se ennoblecía con los obstáculos; un dia en que halló á Julia sola en el salon, se dejó caer Hora-

cio á sus piés y le suplicó con lágrimas que le diese alguna esperanza.

—Esperanza..... ¿de qué? preguntó Julia tan conmovida entónces á la vista de aquel dolor verdadero, como indignada habia visto ántes las groseras persecuciones de su hermano.

—De que me concedereis algun dia un poco de afecto, respondió el jóven.

—Yo no os quiero mal, dijo Julia; y además, es mi deber amaros.

—¡Cómo! ¿Qué decís?

—Soy vuestra hermana; repuso la niña en un arranque de simpatía por aquella profunda pena, y tendiendo á Horacio su mano para que se levantase del suelo.

La fisonomía del jóven cambió por completó; pintóse en ella al principio el asombro, y despues una furiosa indignacion.

Horacio llamó á sus hermanos, y delante de Julia les repitió lo que ésta acababa de decirle.

—Esta señorita debe tener por fuerza el juicio trastornado, observó desdeñosamente Carolina.

—Sí, sí, está loca, añadió Horacio con una amarga carcajada.

—El loco por la pena es cuerdo, dijo el otro hermano; hoy mismo hay que obligar á nuestra madre á que la ponga en la calle.

—Julia ha dicho la verdad; exclamó detrás de los

cuatro jóvenes una voz que temblaba de indignacion; es mi hija y vuestra hermana.

—Todos quedaron mudos de asombro.

—¿Quién era su padre? preguntó Horacio alzando la cabeza con altanería y mirando á su madre de frente.

—¡Ya le ha juzgado Dios! contestó la Condesa.

Horacio saludó friamente á su madre y se retiró; sus hermanos le imitaron; Julia quedó sola con la Condesa, y se arrojó llorando en sus brazos.

—¡Perdon! exclamó; ¡perdon, madre mia!

—¿Qué más dá? repuso Ursula con triste sonrisa; este dia tenia que llegar; no habia yo agotado aún el amargo cáliz de mi expiacion, y aún me quedan que apurar las héces.

Ursula tenia razon; la expiacion debia durar tanto como su vida; su marido, grande y generoso, la habia perdonado ántes de morir. Dios se reservaba el derecho de la justicia.

La tristeza, el tédio y la mútua aversion, invadieron desde aquel dia la opulenta casa de la Condesa viuda de Albon.

Carolina y sus dos hermanos perseguian de comun acuerdo á la pobre Julia, y ésta les profesaba un horror que no podia disimular.

No era sola la señorita de Lespinasse la que sufría sus vejaciones y sus desprecios; la Condesa era la primera víctima de sus despiadados hijos.

Los tres se hacian servir las comidas á distinta hora, y desde el dia de la fatal relacion, no volvieron á sentarse á la mesa con su madre, ni á salir con ella ni á entrar en su cuarto.

Miéntas los amigos de la casa permanecian en el salon, algunas veces se hallaban allí los hijos del Conde; pero nunca dirigian á su madre la palabra

como lo pudieran evitar; y, si se veían obligados á hacerlo, era con notoria frialdad.

En cuanto á Julia, era de todo punto imposible que permaneciese con ellos un segundo; pues la abrumaban con tales desprecios, que la pobre niña tomó el partido de estarse en su cuarto durante las veladas.

Ursula, incapaz ya de resistir tantos golpes, empezó á desfallecer; acometiola una enfermedad de consuncion, que la puso en pocos meses al borde de la tumba, y que la desdichada Julia veía crecer con terror sin poderle prestar alivio alguno.

En medio del horror de su situacion, hubo dia en que, como de un crimen, pidió perdon á su madre por haber nacido.

Ursula padecia, más que por nada, por la triste existencia de su hija; veía trocarse en receloso, sombrío é irascible su carácter angelical, dulce y flexible; su talento florido; su fresca y rosada imaginacion, se envolvian en tintas siniestras y buscaban el fondo de todo, ahuyentando las ilusiones que arrullan el alma, como arrullan su nido una banda de cándidas palomas.

La poesia huye siempre ante la amarga realidad, y triste de aquel cuyo único apoyo consiste en la razon, y que ya no se deja mecer por la esperanza.

La fisonomía de Julia habia cambiado tambien de carácter y de expresion; sus ojos, tan transparentes

y tan dulces, presentaban ya un fondo sombrío y como reflejando de continuo amargos pensamientos; su sonrisa era violenta y dolorosa; en medio de sus ojos, existia ese pliegue que se forma á fuerza de meditar en cosas tristes, ó por un exceso de trabajo de la imaginacion, ó acaso por ámbos motivos; dos años pasados en un continuado martirio, habian secado aquella dulce floescencia de la primera juventud, y habian hecho de Julia una mujer extremadamente meditabunda y profundamente desgraciada.

La Condesa, debilitada por la incesante pena que le causaba la sorda y continúa guerra que existia entre sus hijos, cayó al fin en una penosa dolencia; la fiebre no la abandonaba; los espasmos nerviosos se sucedian casi sin intervalo, y una extrema languidez la tenia constantemente sujeta en un sillón.

Aún era bella, sin embargo; soportaba sus padecimientos con una resignacion verdaderamente cristiana, y la dulzura que resplandecia en su rostro no habia sido alterada por sus padecimientos; ofrecia á Dios todos sus dolores, y el dulce contentamiento y la grata paz interior de un alma buena no podian tener una más elocuente manifestacion que la que revelaba el aspecto de la Condesa.

Cuando la amarga idea de la soledad en que iba á dejar á sus dos hijos, la llevaba á un abatimiento demasiado profundo, elevaba al cielo su corazón, y decia:

«Yo os ofrezco, Señor, en satisfaccion de mis faltas, todo lo que aquí abajo estoy pasando; cuando me saqueis de esta cárcel mortal, llevadme al lado del dulce compañero de mi vida, del esposo que me disteis y al que tanto ofendí.»

La Condesa quiso ir á morir á su casa de Lyon, á la casa donde habia vivido cuando se casó, y que habia sido testigo de su felicidad conyugal. Carolina, que no era capaz de comprender aquel deseo, tuvo aún el triste valor de censurarlo, y se prestó de muy mala gana á los preparativos del viaje, sin permitir, no obstante, que Julia le ayudase en lo más mínimo.

Ursula, acompañada de sus hijos, partió á morir donde habia vivido días de paz y de virtud, únicos que se pueden contar como vida sobre la tierra. Julia, que era la que la habia cuidado durante toda su enfermedad, iba sentada á su lado, y apoyaba sobre su pecho la cabeza dolorida de la Condesa. Carolina y Horacio contemplaban aquel tierno grupo con desprecio, y despues se miraban con una malvada sonrisa; cuando se fijaba en Julia, aquella mirada decia con una aterradora claridad:

—«Pronto acabará tu dominio, aborrecida criatura; pronto podremos arrojarte de nuestro lado.»

Llegaron á Lyon, donde ya se hallaba el hermano mayor de Carolina; la Condesa, extenuada con la fatiga del viaje, se acostó al instante, y el médico, que ya se hallaba preparado y esperando, le declaró

que habia sido muy imprudente exponerla á aquella fatiga.

Llegó la noche, y Julia, firmemente decidida á pasarla al lado de su madre, se sentó á la cabecera del lecho; sus hermanos pasaron la velada en la estancia; pero cuando las horas avanzaron y el cansancio del viaje se hizo sentir más, cada uno se retiró á buscar el reposo.

Julia quedó allí, sumergida en una amarga meditacion; su madre, su único apoyo, su sola amiga, se moria; ¿qué iba á ser de ella en un mundo que le era absolutamente desconocido, y en el cual, en su misma familia, tenia los más crueles enemigos?

—¡Oh! pensaba la pobre Julia; ¡si yo pudiera, madre mia, detener tu muerte á costa de la mitad de mi vida...! A lo ménos, viviria tranquila los pocos días que me restan, y luego pediria al cielo que nos abriese á las dos un mismo sepulcro.

Julia, pensando así, se inclinó hácia el lecho y apoyó sobre la mano de su madre, su rostro bañado de lágrimas.

A este contacto, la Condesa abrió los ojos; la agonia no habia descompuesto aún aquel amable y dulce rostro, que, cubierto de palidez, parecia sonreír á su hija con inefable dulzura.

—¿Estás sola, Julia? le preguntó.

—Sí, madre mia, respondió la jóven.

—Tanto mejor, dijo Ursula con un suspiro de al-

vio y de consuelo; así, hija mía, podremos hablar de tu porvenir.

Y haciendo un penoso esfuerzo, mostró á Julia una cinta de seda negra que siempre llevaba al cuello, y de la cual pendía una pequeña llavecita de plata.

—Desátala, dijo, y guarda esta llave; ahora toma otra que hay debajo de mi almohada, y abre aquella papelera.

Julia obedeció.

—¿No ves en ella un cofrecito de ébano? preguntó la Condesa.

—Sí, madre mía; respondió Julia.

—Tómalo, pues; con esa llave de plata, que acabas de sacar de mi cuello, le podrás abrir; guárdalo con cuidado, porque contiene papeles importantes, y, entre ellos, la copia de la inscripción que asegura tu renta; el original existe depositado en casa de un notario de Lyon, cuyo nombre verás en el mismo documento.

Julia puso el cofrecito sobre la papelera.

—Ahora, añadió Ursula, abre la gaveta de la derecha, y en el primer cajon hallarás algun dinero; tómalo, porque lo he ido reuniendo para tí, y te está destinado; esa cantidad será, hija mía, tu único recurso, pues ya sabes que nada tienes que esperar de tus hermanos.

Julia cerró la gaveta, guardó la llave, y salió con

el cofrecito que puso en sitio seguro, volviendo despues al lado de su madre.

Como si la Providencia hubiera querido sólo dar tiempo á la Condesa para llenar aquel deber, turbóse la vista de ésta no bien lo hubo cumplido, y empezó á desfallecer.

Una postracion mortal la invadió de un modo tan completo, que parecia no divisar ya ningun objeto de los que la rodeaban.

No obstante, buscó y halló la cabeza de su hija, que estaba arrodillada junto al lecho, y aproximándola á ella estampó en su frente un beso, á la par que sus lábios murmuraban una bendicion.

Julia, asustada al ver que se desplomaba sobre el lecho, salió de la estancia y fué á llamar á la puerta de la Carolina, que no tardó en acudir, siguiéndola sus hermanos.

Apénas tenía el alba con una débil claridad los cristales del aposento de la Condesa, cuando ésta exhaló el último suspiro, despues de haber oido las exhortaciones del piadoso sacerdote que la habia asistido, y que, en los últimos dias, le habia administrado los Santos Sacramentos.

Ursula murió tranquila y sosegadamente, y sólo llevó al sepulcro una pena, la del abandono y desamparo en que dejaba á su hija menor.

Antes de que la condesa de Albon espirase, Carolina y sus dos hermanos salieron de la estancia, y

Julia fué la que cerró los ojos á su madre y la que la colocó en su atahud.

Hácia el medio día llegó Antonieta, avisada del riesgo en que se hallaba su madre, á quien á pesar de la rapidez con que hizo su viaje, ya no pudo hallar viva.

La hermana mayor y la menor lloraron juntas la pérdida de la Condesa, con verdadero desconsuelo y profunda aflicción.

En la noche de aquel mismo día, Julia llamó á Horacio al cuarto mortuorio, y en presencia de Antonieta le entregó la llave de la papelería.

—Tomad, le dijo: sé que bajo esta llave hay encerrada una gran suma, que la Condesa me ha autorizado á guardar para mí; pero no he querido apoderarme de ese dinero, porque no me pertenece segun los términos de la ley.

Antonieta y su mismo hermano miraron absortos á aquella jóven, que era su hermana, y capaz de tan gran desinterés; pero Horacio recobró al instante su carácter áspero y brutal, y contestó:

—No habeis hecho más que lo que debíais, y no esperareis ahora que os demos las gracias por ello; entregadme la llave, y entended que sólo teneis veinticuatro horas de término para dejar esta casa.

—¡Gran Dios, qué injusticia! exclamó Antonieta lanzándose á Julia; ¿es posible, desgraciada niña, que te hayas desposeido de tus únicos recursos? ¿Y

es posible que tu hermano consienta en arrebatar-telos.

—Soy el hermano mayor de los que hoy quedamos en la casa de mis padres, y sé lo que hago, respondió Horacio; esta señorita, á la que no reconozco ningun parentesco que la una á nosotros, á pesar de lo dicho por nuestra madre, quien, á ruegos suyos cumplirá lo que le he dicho, y saldrá de esta casa en el término señalado.

Y Horacio desapareció, llevándose la llave que e había entregado la pobre Julia.